



principalmente hacen plegarse la lengua y el arte griego á las inspiraciones sagradas y á expresar las novedades de la fe, sin alterar la índole que el idioma tenía cuando tronaba ó lisonjaba con Demóstenes y Sócrates, como una melodía antigua á que se aplicasen nuevas palabras. Requeríase esta cultura para atraer á la gente instruida y á los muchos acostumbrados á los ejercicios retóricos, y conociéndolo Juliano intentó embotar esta arma, excluyendo á los cristianos de la enseñanza. Protestaron éstos á una voz contra tan inicuo edicto, y fueron aún más celosos en su estudio, como sucede con las cosas vedadas; demodo que San Gregorio Nacianceno decía á los paganos: «Os dejo todo el resto de las riquezas, nacimiento, gloria, autoridad, bienes, que desaparecen como un sueño; pero deseo la elocuencia, y no me desanimarán para buscarla los trabajos y los viajes por tierra y mar (1).»

Desgracia es que la persecucion de sus enemigos no haya dejado sobrevivir ninguno de los discursos de Atanasio presentados en su tempestuosa vida, y con los cuales conmovió al mundo cristiano. En sus obras de controversia (2), que versan más sobre el dogma que sobre la moral, desprecia los adornos y las formas de la retórica y de la filosofía griega, prosiguiendo su argumentacion sin tocar nunca una cuerda patética, dejando ver sólo convicción de inteligencia y fuerza de voluntad.

San Gregorio Nacianceno y San Basilio se adornan, por el contrario, con todo arte, no ya como San Antonio, atentos sólo á cortar de golpe los miembros dañados, sino á conciliarlos con el amor; no tanto disputan sobre la precision del dogma, como tratan de mejorar las costumbres, avivando la exhortacion con la elocuencia de una lengua muy castigada y con un entusiasmo persuasivo. El pueblo griego, abandonando los talleres en que ganaba el pan cotidiano, acudia curioso y ávido á la instruccion que el arte de Atenas escondía bajo

(1) Contra Juliano.

(2) El padre Mabillon hizo una edicion en 3 tomos en 8.º en 1698.

una popular y persuasiva sencillez (1); y como la causa de la humanidad, patrocinada por estos hombres, es más universal y vigorosa que no la causa de una república, son para nosotros más inteligibles sus oraciones que las de los oradores antiguos; y despues de tantos siglos no pintan todavía á lo vivo la lucha interior, la incertidumbre, las esperanzas que acompañan al hombre en este breve camino desde la cuna á la tumba.

San Basilio (2) ponía ante los ojos del pueblo de Cesárea la pompa de la creacion, para que le sirviese de escala para elevarse al Creador; y por mañana y tarde exponía el orden de las estaciones, los movimientos alternados del mar, los diversos instintos de los animales, sus emigraciones regulares, y todo cuanto puede causar más admiracion en la naturaleza humana (3). «Si alguna vez en una noche serena, fijando los atentos ojos en la belleza inefable de los astros, has pensado en el Creador del universo, y te has preguntado quién sembró de tales flores el firmamento; si durante el día has estudiado alguna vez los portentos de la luz, elevándote por las cosas visibles á las invisibles, serás un oyente bien preparado y podrás tomar tu puesto en este anfiteatro magnífico. Venid, que así como se lleva por la mano á los que no conocen una ciudad, del mismo modo quiero yo conducirlos como á extranjeros por entre las maravillas de esta gran ciudad del mundo.»

Aquí describe y explica la naturaleza con física frecuentemente equivocada, pero con inteligente imaginacion, levantando continuamente los ánimos hácia el Creador, y haciendo brotar reflexiones morales de este gran libro de la naturaleza, donde todo es símbolo para el que sabe interrogarlo. «¿Puedo yo (exclama) conocer la belleza con que aparece á los ojos del autor?»

(1) Villemain tiene una disertacion muy buena sobre la *Eloquence chretienne dans le IV siècle*, y de ella nos servimos nosotros.

(2) *Sancti Basili Casarea Capadocia archiepiscopi opera, opera et studio Jul. Garnier*, París, 1721-30, 3 tomos en folio.... haec poco reimpreos en 6 tomos en 8.º

(3) *Exameron*.

CAPÍTULO XIX.

Literatura cristiana.

Diversas vías abrían los Padres de la Iglesia, no buscando el arte por sí mismos, sino haciendo servir la forma al pensamiento, y creando una literatura de carácter original, cuando la antigua perdía el suyo.

No se había pensado hasta entónces en reunir á un pueblo en una iglesia para exponerle lo que debía creer y cómo adorar y obrar; el conocimiento de las cosas sagradas, siendo como todo lo demás privilegio de pocos, nunca había sido comunicado al vulgo. Además, ¿qué se hubiera podido predicar en el templo, cuando los doctores mismos no estaban de acuerdo ni en los dogmas ni en la moral? La elocuencia antigua se limitaba á los intereses particulares de un ciudadano ó de una ciudad; á lo más disputaba algun filósofo con sus discípulos, pero sobre doctrinas especiales, privadas de carácter público y universal.

Desde que Cristo dijo: «Id y predicad á todos,» la verdad universalmente aceptada debía ser expuesta á la congregacion de los fieles, y explicarse en ella lo que conviene á la salud de todos. Desde la más tierna edad tomaba el sacerdote al niño, y con el catecismo le insinuaba las verdades más sublimes, en virtud de las cuales aún la niña podía responder á lo que ignoraban Aristóteles y Platon.

La instruccion, duraba tanto como la vida, confirmando á los creyentes, convirtiendo á los extraviados ó persuadiendo á los incrédulos. En un principio la predicacion estaba reforzada por la evidencia del milagro; y el Espíritu Santo, que hablaba por boca de los apóstoles, no tenía necesidad de la sabiduría humana para persuadir (1); pero cuando la religion se extendió y mezcló con la sociedad, se armó con las armas con que el error la combatía, y la elocuencia se trasladó de la tribuna de las arengas al púlpito, desde la política á la moral, desde los intereses del mundo á los del cielo.

Como arte, tomó vuelo tan pronto como pudo publicarse libremente desde el púlpito la palabra divina; y la Iglesia, saliendo triunfante, quiso adornarse con la elocuencia como se adornaba con pompa y aparato, y suplía con el arte la primitiva fe que se había entibiado. Su primer campo fueron las luchas con los arrianos; hizose luégo gigante por obra de oradores que, al combatir el orgullo del saber y la indocilidad del corazón, no sólo sobrepujan en mucho á sus contemporáneos, sino que se ponen al nivel de cuanto la antigüedad tiene por más insigne. Los Padres orientales

(1) *I Corinth. II, 4.*



»Si el Océano es hermoso y digno de alabanzas en presencia de Dios, ¿cuánto más bello no es el movimiento de esta cristiana asamblea, en que las voces de los hombres, de los niños, de las mujeres, confusas y resonantes como las olas que se quiebran en la ribera, elevan nuevas oraciones hasta el trono de Dios?»

Sus homilias están también llenas de unción evangélica, y sobre todo de caridad; y fué llamado el predicador de la limosna, porque consideraba á ésta como un medio de reparar la desigualdad de los haberes, principalmente en unos tiempos en que un padre se veía obligado alguna vez, como el santo mismo nos los pinta, á vender un hijo para comprar pan á los demás; espectáculos que exaltaban á San Basilio hasta hacerle declarar que todas las riquezas eran robo é injusticia. La brevedad de la vida está pintada por este santo con los colores de la Biblia, tan distintos de los Simonides y Estesicoro; y por medio de continuas imágenes la hace, por decirlo así, palpable. «Como aquellos que se duermen en la nave son empujados hácia el puerto, y sin saberlo se aproximan al fin de su viaje, del mismo modo en la rapidez de nuestra vida fugitiva somos arrastrados con un movimiento insensible, pero incesante, hácia el último término. Tú duermes y el tiempo pasa; velas, meditas y la vida se va. Somos correos obligados á emprender un viaje; pasas por delante de todo, todo lo dejas atrás: viste en el camino árboles, prados, aguas, todo lo que puede atraer las miradas; te llamó la atención un momento y seguiste adelante; caíste sobre piedras y precipicios, entre bestias feroces, reptiles venenosos y otros azotes; después de haber sufrido algún tanto, también lo dejaste á la espalda. Tal es la vida; no duran ni sus placeres ni sus trabajos.»

Sobre este mismo asunto meditaba también su amigo Gregorio Nacianceno (1), inferior en

(1) *Gregorii Nazianceni opera graece et latine*, edición del ab. de Billy. París, 1609-1611. Otra edición mejor emprendió un benedictino; pero fué interrumpida por su muerte, y volvió á continuarse hace poco en París sobre el texto preparado por el mismo, reimprimiéndose el primer tomo que ya se había publicado.

genio á Basilio, aunque más espléndido y gracioso de imaginación. Á fin de tener libros que sustituir á los poetas profanos cuando el Apóstata los prohibió á los cristianos, escribió versos inferiores en arte á los clásicos, pero nuevos por su sentimiento y su verdad. Indagando en ellos el enigma de nuestra existencia, canta: «¿Qué fui? ¿Qué soy? ¿Qué seré? Lo ignoro. Pregunto á los sabios y ninguno me sabe responder. Envuelto en tinieblas divago aquí y allá sin alcanzar nada, ni aun el sueño de lo que deseo, pues estamos decaídos y extraviados mientras la nube de los sentidos nos ofusca, y parece más sabio el que está más engañado por la mentira de su corazón. ¿Qué soy? Lo que fui desapareció; ¿ahora soy otro hombre? ¿Qué seré mañana si en efecto he de ser? Nada duradero. Paso y me precipito como la corriente de un río. Dime qué te parezco, y mírame bien antes que me disuelva. No se vuelven á surcar las mismas olas: el hombre á quien se ha visto una vez no vuelve más á ser visto. Alma mía, ¿qué eres? ¿De dónde vienes? ¿Quién te ha puesto para mover un cadáver? ¿Quién te ha impuesto las cadenas de esta vida? Tú, que eres hálito, ¿cómo te has mezclado con la materia? Tú, que eres espíritu, ¿cómo te has unido á la carne? Si naciste á la vida juntamente con el cuerpo, ¿qué unión tan funesta para mí! Soy imagen de Dios, y soy fruto de un vergonzoso placer; la corrupción me ha producido; hoy soy hombre; mañana seré polvo; estas son las últimas esperanzas. Pero si tú eres algo divino, dímelo, alma mía; si, como pienso, eres un hálito, una partícula de Dios, rechaza la suciedad del pecado y te creeré.»

En seguida, recobrándose de su funesto dudar, exclama: «Hoy las tinieblas, luego la verdad, y entonces, ya sea que contemple á Dios, ya que arda en las llamas, conoceré todas las cosas... Cuando el alma hubo dicho esto, se apaciguó mi dolor, y al caer la tarde volví de la selva á mi morada, ya riendo de la locura de los hombres, ya sosteniendo nuevas batallas con mi agitado espíritu.»

«¡Ah! (exclama en otro lugar). ¿Por qué no tengo las alas de la golondrina y de la paloma



»ma? Cuán rápidamente huiría yo entonces del comercio de los hombres é iría á vivir en una soledad entre las fieras, más fieles que ellos. Allí mis días correrían sin pesadumbre ni hastío, y valiéndome de la razón, que me hace superior á las bestias, para conocer á la divinidad y elevarme hasta el cielo, gustaría las dulzuras de una vida tranquila juntamente con la contemplación. Allí, hablando como desde una altura, diría á los habitantes de la tierra: Hombres condenados á morir, seres de un momento, vosotros que viviendo sólo para ser pasto de la tumba, os atropelláis tras vanas ilusiones, ¿hasta cuándo, errantes de la inteligencia, soñaréis en pleno día? ¿Hasta cuándo arrastraréis por este mundo la cadena de vuestros extravíos?... ¡Débiles mortales! Dentro de poco no seréis más que cenizas. Una suerte común nos espera, pobres y ricos, súbditos y reyes, todos rodeados de las mismas tinieblas, caen en el mismo lugar: los grandes de la tierra no se diferenciarán más que en estar enterrados en suntuosos mausoleos, y en dejar nombres y títulos grabados en mármol y en bronce.»

La elocuencia de este santo se alimentaba con esta poesía meditabunda é ideal, en que resplandece sin embargo la imaginación, y en que el aticismo se une con el fuego oriental, la delicadeza de un lenguaje purísimo con los arrebatos desordenados de la fantasía, la austeridad del apóstol con el refinamiento del retórico. Si llora sobre los sepulcros, parece á Jeremías: si invectiva á Juliano, se cree oír á Isaías; y su noble elocuencia se regula por modos y pensamientos finos y delicados, felizmente mezclados con ideas que conmueven.

Á los ojos de los Santos Padres el hombre no aparecía grande por sus empleos y dignidades, sino por sus méritos; por cuya causa, dejando á los adoradores de lo pasado los panegíricos de los monarcas y de los héroes, empleaban su elocuencia en alabar á los hombres de sencillas é ignoradas virtudes, y presentados ya por la muerte á aquel juicio ante el cual calla toda reflexión humana. El esplendor que la elocuencia profana saca de la exposición de empresas famosas y del contraste entre la gran-

deza y la nada, se compensa en ellos por la conmoción que producen las virtudes benévolas, empleadas en servicio de los hombres. Gregorio, al hacer la oración fúnebre de su hermano Cesáreo, no teniendo que alabar en él ninguna acción pública, se fija en sus cualidades morales y manifiesta cómo la perfeccionó con la educación. Presentósele ocasión de practicarlas, contra la fascinación más peligrosa de todas, la amistad de los grandes. «Juliano, habiéndose perdido á sí mismo con abjurar de Jesucristo, comenzaba á atormentar á los demás, no como los anteriores adversarios de la fé, manifestándose desapiadado á cara descubierta, sino encubriendo cortésmente su persecución como primer artificio para quitarnos la gloria del martirio, hacia condenar como malhechores á los que padecían por ser cristianos; aparentaba también emplear la persuasión en lugar de la violencia, amenazando más con la vergüenza que con el peligro al que no se doblegaba á la impiedad. Después de haber ganado á muchos con el halago de las riquezas, á otros con las promesas, á todos con la seducción de sus discursos y con la autoridad del ejemplo, acometió por último á Cesáreo; insensato, que creyó fácil presa á mi hermano, al hijo de tales padres.» Después de escribir los ataques que se habían dado á su virtud, añade: «¿Temisteis quizá que Cesáreo descendiese á una cosa indigna de su valor? Tranquilizaos: la victoria es de Cristo, que ha vencido al mundo.» En efecto, Juliano, cansado de perseguirle, había exclamado: *¡Feliz padre! ¡desgraciados hijos!*

La tumba no sólo inspira al cristiano melancolía y llanto, sino que le da también un aviso santo y saludable: «¿Cuánto, oh venerables ancianos (prosigue Gregorio dirigiéndose á sus progenitores), cuánto tendremos todavía que esperar antes de reunirnos en Dios? ¿cuántas pruebas nos quedarán que sufrir? Si toda la vida es brevísima en comparación de la eternidad de Dios, mucho más fugaces todavía son estos restos de vida, este último soplo que empieza á extinguirse. ¿En cuánto tiempo se nos habrá anticipado Cesáreo? ¿cuánto tendremos todavía que llorar su pérdida? ¿no cor-



»remos nosotros hácia la misma morada? ¿no
»estamos para entrar bajo la misma losa? ¿no
»seremos tambien dentro de poco una misma
»ceniza? ¿qué nos valdrá este retraso de pocos
»dias? Algunos males más que ver, que pade-
»cer, y quizá que causar, para pagar despues
»á la naturaleza la deuda comun inevitable.
»Seguir á unos, preceder á otros, llorar á aqué-
»llos, ser llorado por éstos al recibir de nues-
»tros sucesores el tributo de lágrimas que nos-
»otros pagamos á los que nos han precedido.
»Tal es la vida de los mortales; tal es la escena
»del mundo: salimos de la nada para vivir, vivos
»tornamos á la nada. ¿Qué somos? Un sueño fu-
»gaz, una fantasma que no puede palpase, el
»vuelo de un pájaro que pasa, el bajel que huye
»por el mar sin dejar rastro; polvo, vapor, rocío
»de la mañana; flor que hoy se entreabre, y al
»día siguiente se marchita.»

Desde esta nada se eleva el pensamiento re-
ligioso á toda la grandeza del hombre, y el
orador aplicándose á sí una verdad general de
fe, exclama: «Entónces veré á Cesáreo: no ya
»desterrado, no repulsado, no objeto de lágrima-
»mas y de compasion, sino triunfante, glorio-
»so, coronado, como muchas veces, oh dulcisi-
»mo hermano, te me apareciste en sueños, bien
»fuese realidad ó ilusion de mis deseos. Hoy,
»en cesando el lamento, me examinaré para ver
»si llevo en mí sin saberlo algun gran motivo
»de dolor. Hijos de los hombres, ya es tiempo
»que os dirija la palabra: ¿hasta cuándo seréis
»duros de corazon y ciegos de entendimiento?
»No sabrémos nunca conocer y despreciar lo
»que se presenta á nuestros ojos, para fijarnos
»en las grandezas visibles á los de la intelligen-
»cia. Y si por necesidad tenemos que apesa-
»dumbrarnos, ¿no es mejor que nos lamentemos
»de que se prolongue nuestro destierro y de
»encontrarnos detenidos demasiado tiempo en
»estas tumbas vivas que llevamos con nos-
»otros? Este es mi dolor, este es el cuidado que
»de día y de noche me aqueja y no me deja
»respirar en paz.»

Al leer esta oracion de San Gregorio se com-
prende la verdad de este ingenioso pensamien-
to suyo: «El consuelo que un hombre ofrece llo-
»rando sus propios males, es poderosísimo para

»los que lloran, y el que mejor sabe consolar
»á los afligidos, es el que padece como ellos.»

Tambien encomió á su hermana Gorgonia,
pues decia que si era impiedad el quitar á los
parientes sus bienes, lo mismo y áun peor era
privarlos de las alabanzas que no negamos á
los extraños. Una mujer piadosa, que habia vi-
vido en santa austeridad, que habia muerto
dulcemente (1), ofreció tambien al sentimiento
de Gregorio cuadros tan patéticos, que senti-
mos disgusto, cuando pareciéndole débil el
asunto, trata de apoyarlo con el arte. Con más
seguro vuelo se levantó en el elogio de su pa-
dre, obispo de Nacianzo, elogio en el cual, al
dolor de hijo, juntó el afecto de amigo. En el
exordio se vuelve hácia San Basilio, que esta-
ba presente, y le dice: «Hombre de Dios, sier-
»vo fiel y docto dispensador de los divinos mis-
»terios, ¿adónde llegas? ¿Qué quieres aqui?
»¿Qué bien nos traes? ¿Vienes á buscar al pas-
»tor ó á ver el rebaño? Si viniste por nosotros,
»¡ah! apénas nos encuentras vivos, y heridos
»por la muerte en la parte más cara de nosotros
»mismos.» Despues, volviéndose á su madre,
le dice: «La muerte y la vida, aunque parecen
»opuestas, se comunican entre sí, y la una ocu-
»pa el lugar de la otra. No sé si está bien que
»se llame muerte á la esperanza que nos libra
»de los males presentes para conducirnos á una
»vida celestial: muerte verdadera es sólo el pe-
»cado... ¡Oh madre, te falta quien cuide de tu
»vejez! Pero ¿dónde está el Isaac que mi padre
»dejó para suplirlo todo?»

En el elogio de San Basilio recuerda con
complacencia su comun educacion, sus cuida-
dos comunes: severas reflexiones sobre la fa-
milia, sobre sí mismo, que eran desconocidas
de todo el arte antiguo, no sólo del que entón-
ces adulaba á los emperadores, fuesen Trajano
ó Valente, Constantino ó Juliano. No por esto
se debe proponer á San Gregorio como modelo
de elocuencia sagrada, pues se rodea demasia-
do de artificios retóricos, sin que éstos le lleven

(1) «Á su alrededor mudas lágrimas, dolor inconsolable, pero silencioso; creyendo todos que hubiera sido cargo de conciencia honrar con gemidos la partida tranquila de la cristiana, cuya muerte parecia una devota solemnidad.»



á fundir la moralidad con los hechos, á huir de
las digresiones y de la prolijidad; á excluir lo
relumbrante que tiene el aspecto de novedad,
no la esencia. Pero el calor y la grandeza que
u diction toma de ideas superiores, aunque se
complace en el estilo templado, la riqueza de
imágenes, de símiles, de expresiones metafó-
ricas, su talento para escribir, le ponen á la
cabeza de los Santos Padres contemporáneos,
sin exceptuar á San Juan Crisóstomo.

Cuéntanse ciento cincuenta y ocho poemas
entre las obras de San Gregorio, muchos epi-
gramas, y la mezquina tragedia *Cristo pade-
ciendo*, además de doscientas cuarenta y dos
cartas, algunas de ellas doctrinales, y familia-
res la mayor parte. Preguntándole un amigo
si las epístolas debian ser largas ó cortas, le
respondió que su medida era la oportunidad.
«¿Á qué escribir largo si hay poco que decir?
»¿Por qué encerrarse en pocas líneas cuando
»hay muchas cosas que comunicar?... La conci-
»sion que en una carta exige es la que permite
»la claridad sin embrollarse en un laberinto de
»estériles palabras, que no demuestra otra cosa
»más que la manía de hablar. La primera cua-
»lidad de este género es el agradar lo mismo
»á los ignorantes que á los doctos: á los pri-
»meros con un lenguaje que no sea superior á
»las inteligencias inferiores; á los segundos en
»un estilo no vulgar, pero que se deje enten-
»der sin esfuerzo. Despues de esta cualidad, la
»mayor es la de saber hacerse agradable, cosa
»que no debe esperarse ni de un argumento
»árido y falto de importancia, ni de una alo-
»cucion desaliñada, buena sólo para inspirar
»aversion y enfado, y que no se presta á las
»sentencias, á las alusiones, á lo que sazona y
»levanta el discurso; sobre todo, en estos escri-
»tos debe haber naturalidad. Las aves trataron
»un día de elegirse un rey; cada cual alababa
»su propio mérito; y el águila fué elegida, juz-
»gándose la mejor porque no lo pretendia.»

De San Basilio tenemos tambien cuatro-
cientas cartas, modelo de discusion epistolar.
En el tratado dirigido á los jóvenes *Sobre el
modo de leer con fruto las obras de los gentiles*,
recomienda su estudio, primero porque se en-
cuentran en ellos ejemplos de virtud, segundo

porque todo lo útil y verdadero que tienen lo
tomaron de las Sagradas Escrituras; opinion
que entónces era vulgar. Pudiera haber añadi-
do que en el estudio de estos autores se per-
fecciona el gusto, y se ejercitan el entendi-
miento y la crítica. Débese, pues, á San Basilio
el haber detenido con este opúsculo la destruc-
cion de los libros profanos, efecto de un celo
mal entendido.

Su hermano Gregorio de Nisa, que siendo
maestro de retórica se dedicó al estado ecle-
siástico y al estudio de la teología, no abando-
nó por eso su aficion á la filosofía pagana, di-
vidiendo el tiempo entre Platon y el Evange-
lio, explicando los dogmas por el raciocinio y
con el método alegórico oriental, pero sin caer
en el error. Escribió la oracion fúnebre de San
Gregorio Nacienceno, en estilo mediano y casi
enteramente teológico, sin dar con las imáge-
nes y el sentimiento vida á las pinturas, de-
jándose arrastrar por el misticismo á la aridez
del método, en vez de presentar su oracion con
un colorido oriental, y de elevarse al espectá-
culo del creciente cristianismo.

Sinesio de Cirene, discípulo de Hipatia, fué
elegido á los diez y nueve años por sus com-
patriotas para presentar á Arcadio una corona
de oro que habian decretado ofrecerle, y le di-
rigió un discurso sobre el arte de gobernar,
alabado por su noble y prudente franqueza.
Cuando Claudiano ensalza las hazañas y virtu-
des del inactivo é imbécil Honorio, gusta oír
á Sinesio dirigir á Arcadio verdades dignas de
la antigua firmeza, descubrir la decadencia de
la disciplina militar cuando los ciudadanos y
súbditos compraban la exencion de los ejérci-
tos, miéntras que escitas desertores subian á
las primeras dignidades, y la juventud extran-
jera, despreciando el freno de la ley, aspiraba
á usurpar las riquezas, no á imitar las artes
de un pueblo á quien desdeñaba y aborrecía.
Sinesio exhorta al emperador á reanimar con
el ejemplo el valor de sus súbditos; á desterrar
el lujo de la córte y del campo; á sustituir al
ejército interesado en defender los bienes
y las leyes; á obligar á salir á los artifices de
sus talleres, y á los filósofos de las escuelas,